

## LA NARRATIVA DE MIGUEL DELIBES. UN ACERCAMIENTO GENERAL

FRANCISCO MORALES LOMAS

Tengo la percepción de que si hubiera que seleccionar a cinco escritores de la segunda mitad del siglo XX, uno de ellos sería Miguel Delibes. Miguel Delibes encarna una época. Su obra, que nace en los albores de la dictadura, es representante de un periodo histórico trascendente al que se va adaptando según se producen los cambios históricos y sociológicos del siglo, pero siempre habrá en su obra y en sus personajes un cierto regusto amargo, la pérdida de una Arcadia, de un paraíso terrenal que no supimos salvaguardar ni conquistar. Una suerte de pérdida o naufragio, un cierto deje de melancolía trufado por una suave ironía y una fina gracia castellana.

Pero una diferencia sustancial que existe entre Miguel Delibes y otros escritores es que a Miguel Delibes se le puede querer más fácilmente. La hondura de sus personajes, su meditación permanente sobre lo intrínseco al ser humano, la bondad y generosidad de sus propuestas estéticas, la pulcritud en el trato y la moderación de individuo corriente, sin pretensiones, la defensa de valores y principios que afirman la dimensión de lo humano... testifican de modo generoso su consistencia como narrador extraordinario y como persona apreciada.

En las novelas de Miguel Delibes, como decía Giuseppe Bellini, “no hay seres excepcionales, héroes o superhombres, sino una normalidad de personajes que corresponde a una realidad creíble”. Y, en consecuencia, como decía el cura de *El camino*: «La felicidad no está, en realidad, en lo más alto, en lo excelso; está en acomodar nuestros pasos al camino que el Señor nos ha señalado en la Tierra. Aunque sea humilde». Lo

cual no significa resignación pasiva, sino que cada uno tiene que llenar el papel que le corresponde.

Lejos de la admiración que pueden ejercer en nosotros obras<sup>1</sup> como *La sombra del ciprés es triste y alargada*, *Aún es de día*, *El camino*, *Las ratas*, *Mi idolatrado hijo Sisí*, *La hoja roja*, *Cinco horas con Mario*, *Diario de un cazador*, *Diario de un emigrante*, *Los santos inocentes*, *El hereje...* surge la proximidad que ejerce el individuo, la persona, el escritor, a pesar de que siempre se ha hablado de su tendencia al ostracismo y la misantropía. Decía en una ocasión que la única persona normal era su mujer, Ángeles, que lo llevaba y traía por diversos ámbitos y lo mantenía en contacto con el mundo. Ángeles murió muy joven, a los cincuenta años, y desde entonces se refugió en su mundo, en el campo y los libros.

A pesar de esa tendencia a la clandestinidad, Miguel Delibes es un hombre al que se le quiere fácilmente, porque lo amamos en sus personajes, porque lo festejamos en sus ideales. Sus novelas no sólo nos ayudan a comprender el mundo sino a querer a las personas y, sobre todo, a querer al hombre que ha creado estos personajes. No podemos decir lo mismo de otros escritores de esa misma época que tenían más necesidad de significarse y parecerse a sí mismos en los exabruptos que en su inteligencia y bondad.

Me consta que hubo muchos que quisieron a Delibes: Manu Leguineche, Alonso de los Santos, Umbral... Por ejemplo, el admirado Francisco Umbral, al que tanto ayudó en el Valladolid de los años 50 y en el Madrid de los 60, decía que Delibes no era metafísico, sino un “hombre directo y sencillo que se interesaba por la insinuación feliz de un orden superior para el mundo. Siempre ha sido tan discreto en esto que a veces ni se le nota. Delibes era un godo castellano, alto y rubio, de ojos claros e irónicos, que metía mucho humor en sus novelas,

---

<sup>1</sup> Muchos libros del autor han sido adaptados al cine, la televisión o el teatro, como *El camino* (1963), de Ana Mariscal; *La guerra de papá* (1977), de Antonio Mercero; *Los santos inocentes* (1984), de Mario Camus; *Una pareja perfecta* (1997), de Francesc Betriu; o *El disputado voto del señor Cayo* (1986) y *Las ratas* (1998), películas ambas de Antonio Giménez Rico. Dentro de la escena queda el recuerdo de sus *Cinco horas con Mario*, monólogo a cargo de Lola Herrera, o *Las guerras de nuestros antepasados*

pero detrás de ese humor estaba siempre la paz sobrenatural del hombre bueno”.

Se ha destacado la independencia, el individualismo y la presencia de seres marginales en sus obras, pero también decía Martínez Cachero que su narrativa se podía considerar como amena, sugestiva, amable, de modulación noble y de cierta delicada ingenuidad en el tono, dentro del realismo clásico y ajeno a las modas o corrientes, si bien en ocasiones es de especial relevancia el lenguaje. Por ejemplo, en *Los santos inocentes*, el habla coloquial e incluso jergal está perfectamente recogida en los diálogos de Iván el señorito, Azarías, la Régula o Paco el Bajo, que, sin solución de continuidad y con tan solo el recurso a la coma, los integra dentro de la narración.

El mismo Delibes, con motivo de la entrega en 1991 del Premio de las Letras Españolas, definió la novela como “una historia encaminada a explorar las contradicciones que anidan en el corazón humano y, por tanto, requiere, al menos, un hombre, un paisaje y una pasión”.

Convenimos fácilmente en que la pasión está en la defensa de unos principios éticos que están entreverados a lo largo de su producción narrativa y periodística. El ser humano está presente en todas sus obras con una pasión inusitada. Seres al margen o al límite, perdedores, siempre a la espera de algo que no llega o en el final de un ciclo, pendientes de sucesos trágicos o incluso dentro de ellos.

Y al referirnos al paisaje no podemos olvidar a Castilla, incluso Extremadura en el caso concreto de *Los santos inocentes*. Al respecto Marta Cristina Carbonell, entrelazando palabras de Delibes, estaba convencida de la “siempre afirmada convicción de que la tarea del novelista no es otra que la de «descifrar al hombre» a través de la palabra, ahondando en su verdad esencial para acertar «con su última diferencia», y de que sólo «viviendo a su lado», *estando* cerca del hombre, *siendo con él* se hace posible esa labor de íntimo desentrañamiento con que el escritor aspira a ofrecer —alumbrando un pequeño

pedazo de mundo— una visión «del mundo todo, de la vida toda».

Pero no todas las obras ejercieron en él la misma razón de ser y las mismas sensaciones. En una de las entrevistas realizadas a algunos de sus hijos (tiene siete) en la radio uno de los más jóvenes decía que en el trato su padre hacía distinciones y a los mayores (mejores estudiantes, etc.) había tratado con mayor delectación, les consultaba cuestiones diversas, etc. Con esta visión daba a entender sus preferencias pero también cierto espíritu de aislamiento con el correr de los años. Con los libros le sucedía igual. Y así afirmaba en *Un año de mi vida* (1972) lo siguiente: “Los temperamentos neuróticos pasamos, casi sin transición, de la depresión a la euforia. En mi infancia me sucedía otro tanto. Y pienso que en los momentos actuales de equilibrio, uno reconstruye con fruición sus momentos felices (*El camino*, *Diario de un cazador*), y por el contrario, en las fases depresivas, uno rescata aspectos sombríos y melancólicos del pasado (*La sombra del ciprés*, *Cinco horas con Mario*, *Parábola del naufrago*, etc.). En todo caso, para encontrarle a uno entero (al menos una aproximación) habría que rastrear entre lo positivo y lo negativo que recatan los personajes que uno ha puesto de pie a lo largo de su vida”.

A pesar de la existencia de varias épocas en su producción literaria, según algunos estudiosos, hay otros, que, por el contrario, han considerado la existencia de una continuidad narrativa, un *ordo* estético que conforma su producción en torno a unos personajes claves, niños, ancianos, personas vulgares, normalizadas y temáticas precisas, la más significativa la trascendencia de la naturaleza y la dicotomía campo/ciudad, significado del progreso, etcétera. Por ejemplo, Sanz Villanueva decía que existe una visión del mundo unitaria, congruente y definitiva; y lo demuestran los motivos que una y otra vez se enlazan en la trama anecdótica o en la trama central de sus novelas que lo confirman como un observador de la realidad circundante. Y sobre todo uno de los elementos que lo unifica todo es la autenticidad, como bien recordaba Cristóbal Cuevas: “Su palabra es viva, y su testimonio, de primera mano. La

literatura se desdice a sí misma, y las palabras salen a bandadas, no del diccionario, sino de su corazón y su cerebro, buscando el árbol de una sensibilidad gemela donde posarse”.

También Delibes fue un hombre para el que existió el tiempo. ¡Ah, el tiempo! Los hombres de las grandes ciudades no tienen tiempo. Por eso Miguel no quiso ser nunca habitante de una gran urbe. De hecho apenas si asistía a las reuniones de la Academia, en la que ingresó en 1973 ocupando la letra “e”. Necesitaba tiempo para hacer su gran obra, una obra meditada, profunda, sensata y a la vez irónica, tierna, trágica. Vallisoletano de la calle Colmenares, creía en la sencillez y la afabilidad. Algo tristón en la mirada: esos ojos casi verdes; y tan dulce en la voz como tibia y modesta la presencia. Un figura antigua que no deseaba hacer ruido ni pasar a la posteridad aunque haya pasado, sino pasear por su campo castellano y contemplar el vuelo bajo de las perdices y las singladuras alambicadas de los perros de presa, los podencos o los españoles bretones. Tan contemplativo y ajeno que se diría ensimismado en su mundo con la modestia de un hombre de otro tiempo: “Yo siempre he mirado a la vida desde su ángulo sombrío, y, lógicamente, con los años las ilusiones se adelgazan y las creencias casi, casi desaparecen. No es cuestión de motivos, sino de genes. Sé que no voy a cambiar. Bueno, sí. Sé que voy a ir a peor...”

Miguel Delibes fue un realista en la vida y un realista en sus novelas. Un realismo que hablaba del dolor y la fortaleza del ser humano para luchar contra la adversidad como en los personajes entrañables de *Las Ratas*, Niní o el tío Ratero. Historias cerradas, definidas... en las que la afirmación de humanidad se contempla desde su perspicaz consistencia de persona que fabula con la esencia del ser humano, su interior y su proyecto de vida.

Delibes sostuvo en su narrativa unas cuantas temáticas sobre las que iba una y otra vez. Es verdad, como dijo en su momento, que casi todas las obras acaban siendo la misma. Y, así, la complementariedad de su narrativa, esa tendencia de viajar hacia el centro de sí misma, está asegurada. Los temas

esenciales del ser humano, como diría Miguel Hernández, están en su obra: vida, amor y muerte. Pero también existe una presencia/ausencia obsesionante de otras temáticas dicotómicas que se mueven entre las antítesis y las paradojas. Me refiero al antagonismo naturaleza/progreso (tan querido para los escritores del XVIII, por ejemplo, Rousseau y los románticos del XIX), o la no menos contradictoria relación entre el individuo y la sociedad que determina la esencia del pacto rousseauiano o su ausencia. La transitoriedad o fortaleza de los seres aparentemente frágiles o perseguidos como puede Cipriano Salcedo, el protagonista de *El hereje*. El entusiasmo por lo primario y una cercanía a la *aurea mediocritas*, el *locus amoenus* o el *beatus ille* son fácilmente reconocibles en su obra. En ello hay un espíritu renacentista no exento de idealismo neorromántico. El enfrentamiento individuo/masa. La antítesis pueblo/ciudad o mundo rural/mundo urbano; la presencia constante de lo viejo o retrógrado y lo nuevo, muy evidente en la obra *Cinco horas con Mario* o en *Cartas de un sexagenario voluptuoso...* constituyen claves esenciales y reiteradas en toda su producción.

Pero si estas dicotomías están presentes en su valor paradigmático y en su esencia como bastimentos de un tiempo lleno de contradicciones y en el ámbito de la posguerra española con tantos criterios encontrados, uno de sus grandes elementos, y de los más atractivos, es su labor de creador de personajes con una trascendencia y una impronta delibiana precisa: “El novelista auténtico –dijo Delibes– tiene dentro de sí no un personaje, sino cientos de personajes. De aquí que lo primero que el novelista debe observar es su interior. En este sentido, toda novela, todo protagonista de novela lleva dentro de sí mucho de la vida del autor. Vivir es un constante determinarse entre diversas alternativas. Mas, ante las cuartillas vírgenes, el novelista debe tener la imaginación suficiente para recular y rehacer su vida conforme otro itinerario que anteriormente desdeñó. Por aquí concluiremos que por encima de la potencia imaginativa y el don de la observación, debe contar el novelista con la facultad de desdoblamiento: no soy así pero pude ser así”.

Jamás permite la maestría narrativa de Delibes ni su profundísima humanidad –decía Pilar Palomo– que un *personaje* se le convierta en un tipo –a la manera de los costumbristas románticos–, ni que la tesis sociológica a la que sirve con su presencia y actuación, ahogue su individualidad de personaje. Delibes no construye paradigmas, crea vida en sus obras. En muchos casos desde la cercanía lingüística del campesino, del viejo, del niño o del pequeño-burgués de provincias.

Casi siempre son personajes masculinos los protagonistas de sus obras. Muy pocas son las mujeres que conducen sus obras con la fortaleza necesaria, quizá porque no supo identificar su discurso en ellas porque su voz podría sonar demasiado ilusoria o no lo creyó conveniente. Si acaso, algunas pocas heroínas, Carmen en *Cinco horas con Mario* sería el caso más significativo o Desi en *La hoja roja*. Carmen Sotillo lleva a cabo su monólogo interior ante el marido muerto y escenifica lo pequeño de su existencia, “prolongaba, redoblada –como decía Carbonell– en esas cinco horas de desahogo inaplazable, la radical incompreensión que alimentaba la soledad compartida por dos seres cuyo simbólico antagonismo –la estrecha memez pequeño burguesa y reaccionaria de Carmen; la severidad de los postulados ideológicos, éticos y morales del intelectual progresista Mario, ahogado bajo el peso, ha señalado el propio Delibes, del *no poder decir*, de «tener que callar todo lo que pensaba», replegado en pertinaz silencio frente al muro que el monodílogo de Carmen reconstruye en su privado parloteo dolorido– se descubría confluyendo, irónicamente, en una misma asfixia, mutuamente ignorada: la sed de verdadera interlocución”.

En algunos irónicos casos, como *Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso* esa mujer ausente la conocemos, irónicamente, de oídas, por las referencias que en sus cartas hace de ella el protagonista Eugenio Sanz Vecilla. En otras obras como *El hereje* la mujer, Ana Enríquez es identificada con el idilio de amor constante, y también frustrado, del protagonista, Cipriano Salcedo, o en *La sombra del ciprés es triste y alargada*

en torno a mujeres imposibles cuyo alcance resulta una proeza no acta para personajes vulgares.

Pero también en muchos casos estas mujeres son personajes trágicos que mueren o están en permanente dolor. Así en la citada de *El hereje*, como recordaba la profesora Camilla Ambassa Lascidyl, Teodomira, la mujer de Cipriano, se vuelve loca ante la imposibilidad de la maternidad y muere en condiciones terribles en un manicomio; Catalina, la madre de Cipriano, también muere al tener a su único hijo como consecuencia de que ha forzado la naturaleza; Minervina, la nodriza de Cipriano que no pudo tener hijos, cuidará de éste, más tarde lo abandonará y, finalmente, volverá para ver cómo lo quema la Inquisición. Gabriela y Ana, las otras mujeres de esta obra tampoco quisieron tener hijo alguno. En otro momento habrá que profundizar en esta dinámica extraordinariamente atractiva para cualquier doctorando, si bien ya hay estudios solventes al respecto como el citado.

En su obra *Un año de mi vida* decía Delibes que él ofrecía un lugar preponderante a los personajes, entre todos los elementos que se conjugan en una novela. Unos personajes que vivan de verdad relegan, hasta diluir su importancia, la arquitectura novelesca, hacen del estilo un vehículo expositivo cuya existencia apenas se percibe y son suficientes para hacer verosímil el más absurdo de los argumentos”. Y la característica principal de los personajes delibeños es que son seres marginados, acosados por la sociedad: “Yo he tomado en mi literatura -son de nuevo palabras textuales- una deliberada postura por el débil. En todos mis libros hay un acoso del individuo por parte de la sociedad y siempre vence ésta. Y esto en cualquiera de mis protagonistas, por dispares que sean, desde el burgués Cecilio Rubes de *Mi idolatrado hijo Sisí*, hasta el Nini de *Las ratas*, que para sobrevivir tiene que cazar y comer estos animales. A pesar de la distancia social o de clase que evidentemente existe entre ambos personajes, en definitiva nos encontramos con dos seres frustrados y acosados por un entorno social implacable (...) Dudo mucho que en mis libros haya un solo héroe; todos son antihéroes, pero, al propio



tiempo, todos están envueltos en una cálida mirada de comprensión. He procurado dotarlos de humanidad y de ternura. Una ternura que no siempre está a flor de piel, porque muchos de mis personajes son primarios y bruscos, pero que se adivina en cuanto se les conoce a fondo”.

A veces se ha escrito poco de la hondura de sus personajes, nunca ajenos a la realidad, o de su profundidad lírica en las descripciones de los mismos. Jiménez Lozano pensaba que los personajes de Delibes aceptan el mundo como es y se les presenta en su circunstancia concreta. Se mueven en un conjunto de creencias propias del catolicismo que predomina en la sociedad que se desarrolla en sus historias. Pero estos personajes están cruzados por un pensamiento ético, civil y político. Y, en consecuencia, insiste Jiménez Lozano, “manifiestan abiertamente el rechazo del universo en que viven, de ordinario mediante la ironía o la resignación cínica, y la muestra orgullosa de la conciencia de ese vivir en la injusticia, o bien el lector es enfrentado con una situación que por sí misma descubre la desarmonía, la desigualdad y esa injusticia”.

Esta presencia del personaje con su fuerza arrolladora es constante desde su primera novela, *La sombra del ciprés es triste y alargada*, con el protagonista, Pedro: un huérfano que utiliza todos los argumentos a su alcance para extraer sentido de la existencia. Un joven que siente mayor atracción por la naturaleza que por el ser humano. Con lo que ya estamos en presencia de otra de sus grandes temáticas: el valor iniciático de la naturaleza en su obra.

En *Aún es de día* (1949) construyó a Sebastián, un personaje desolado, deforme y mediocre. A veces son personajes de gran fortaleza moral y de pasión súbita que defienden su pensamiento con una tenacidad inusitada como Niní en *Las ratas* o Azarías en *Los santos inocentes*. Pero también personajes en el ámbito de la soledad absoluta como Eloy, el viejo funcionario jubilado, que espera llegar a la última roja de su cuadernillo de liar cigarrillos porque sospecha que ahí se unirá con la muerte en *La hoja roja* (1959), un viejo que, como decía Giuseppe Bellini, “no ha abdicado de su orgullo; no se hace

ilusiones y observa concientemente el progresar del abandono, el cansancio que su presencia produce en los demás, la mala *soportación* de sus discursos repetitivos, que por otra parte vierten sobre nimiedades, y se hace a un lado. Es cuando el terror a la soledad se apodera de él y le induce a buscar remedio en la compañía de la criada (Desi), a la cual, a la postre, quedará hondamente ligado, como a una hija”.

En *Mi idolatrado hijo Sisí* hay dos personajes profundamente llamativos: Cecilio Rubes (un personaje anodino como tantos otros), de mediada edad, casado y dueño de una tienda de productos higiénicos, sin descendencia hasta que llega Sisí, que nos recuerda mucho al protagonista de *Amor y pedagogía* de Unamuno, con el que el vasco quiso mostrar los efectos de una educación perversa y autocomplaciente. También Sisí es víctima de ese tipo de educación poco rigurosa que llevará a crear un monstruo de egoísmo. Siendo la muerte quien corta en esta obra toda esperanza cuando el camión que conducía Sisí es bombardeado y más adelante Cecilio se suicida. Delibes quiso atacar el maltusianismo y el egoísmo de los seres que, como Cecilio Rubes, limitan caprichosamente el nacimiento de los hijos. ¿Qué diría ahora Delibes del niño y pico al que cabemos por pareja en España?

El bedel Lorenzo, en *Diario de un cazador*, es también una gran creación. Marcha a Chile y abre una tienda de limpiabotas, mientras que su mujer Anita empieza a trabajar como peluquera. Sin embargo, las cosas no van como previeron y tras encontrar la fortuna con la lotería deciden retornar a España. Con ello pretendió Delibes crear la imagen de que posiblemente la solución a nuestros problemas no esté fuera de nosotros, en países lejanos, sino en el interior de uno mismo y en la cercanía de la tierra que lo vio nacer. Sobre este personaje, decía Delibes que surgió de un viaje que llevó a cabo a Brasil y a Argentina. A través de la imagen y la mentalidad de Lorenzo lo fue observando todo. Lorenzo: “Un tipo un poco achulado, más voceras que efectivo a la hora de hacer las cosas, un poco gandul, pero un tipo divertido y muy español”.

El homicida, ingenuo y mártir Pacífico Pérez de *La guerra de nuestros antepasados*, es también una gran creación novelesca. Un hombre que conserva su esencia y es víctima al fin de la sociedad.

La inconmensurable creación de Azarías y Paco el Bajo en *Los santos inocentes* ha de ser especialmente destacada porque representan un modelo de individuos, un pueblo. Azarías, hermano de Régula, a sus 61 años expulsado del cortijo de La Jara por el señorito Iván porque se orina en las manos. Su hermana le acoge y le cuida. Su auténtica relación con la milana y el trato tierno con la niña subnormal crean un personaje entrañable (una de sus grandes creaciones) que sólo se reconoce en los seres más débiles, en los animales y en los inocentes, como la Niña Chica. Paco el Bajo es un ser dependiente del señorito Iván, a pesar de las humillaciones a las que es sometido. Cuando acaba convertido en perro de caza sólo simbolizará lo que ya en sí es, un ser egoísta que antepone su solvencia de perro faldero al bienestar de su familia. El señorito Iván representa la dictadura de los poderosos, a quien no le importa la vida de sus empleados (a los que considera sus criados y esclavos) y dispone de ellos a su antojo. Ni siquiera puede ser noble con el capataz, pues llega a acostarse con su mujer e incluso se fuga con ella. Personajes limitados en un mundo concreto y reiterativo que condiciona todas sus posibilidades como seres humanos, incluso a nivel expresivo, como en aquel juego de pronunciación de las consonantes y los criterios caprichosos de la gramática, un mundo que por ser restringido, como decía Alvar, crea posibilidades expresivas diversas y matizadas.

También es una gran creación Eugenio Sanz Vecilla de *Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso*, ese personaje de provincias que a través de la relación epistolar con una mujer desconocida nos va abriendo su mundo, su soledad, su egoísmo, sus contradicciones y su enamoramiento súbito. Una persona de provincias, anodino, como gustaba tanto a Miguel Delibes.

Es en *Diario de un jubilado* donde de nuevo aparece el bedel Lorenzo (al que conocíamos de su obra *Aún es de día*), si ya lo

había hecho en sucesivas entregas siendo emigrante en Chile o en el *Diario de un cazador*. En realidad con este personaje, Delibes quiso crear una especie de *alter ego*. Lorenzo ahora tiene sesenta años cumplidos y es prejubilado de la fábrica de automóviles en la que trabaja. Ahora aquel ser de ideas sabias ha caído en el consumo como tantos otros. Decía Eugenio de Nora que “la confluencia del mundo gris, vulgar, cercado de pequeñas y apremiantes necesidades de este vivísimo <hombre cualquiera>, bedel de instituto en su primera encarnación, y emigrante pronto decepcionado en tierras de Chile en la segunda (ambiente y tipo que podrían recordar los esbozados en la tejidos de *Aún es de día*), con el alegre campo abierto y los espacios ilimitados en cuyo contacto pone a Lorenzo su afición de cazador y su aventura de emigrante (...) representa en cierto modo una síntesis feliz de las dos vetas, neo-naturalistas y realista-poética, separadas antes en la producción del escritor”.

También poseen una enorme fortaleza y personalidad el viejo don Cayo, de *El disputado voto del señor Cayo*, o Gervasio García de la Lastra de *Madera de héroe*, o Cipriano Salcedo, protagonista de *El hereje*, la última novela del escritor.

A *Parábola del naufrago* la califica Vintila Horia de novela sin esperanza. Su personaje es Jacinto San José, definida por Delibes como un ente de ficción: “Y, en efecto, dentro de mi libro no la hay (no hay esperanza). Como no hay piedad. Pero si yo no he tenido piedad de Jacinto San José, criatura de ficción, es porque la tengo de mis lectores, criaturas de carne y hueso. Entonces, mi esperanza (que desde luego está fuera del libro) estriba en que los hombres de verdad acertemos a escarmentar en una cabeza ajena de mentira”. Jacinto San José, probo empleado de una siniestra empresa deshumanizada, traduce los modos de una sociedad hiperburocratizada y degradante; pacífica víctima de un mundo totalitario y abyecto del que ha sido proscrito, como dice Carbonell.

Desde luego que grandes creaciones han sido los niños en su narrativa. Generalmente niños que padecen, niños duros y niños trágicos que conservan su inocencia, y eso los hace entrañables y queridos. Decía Carmen Bravo-Villasante, que hay

dos tipos de niños en las obras del vallisoletano: el nacido en el campo, en el seno de una familia humilde; y el chaval urbano, típico de la clase media alta. El niño rural, añade la escritora, disfruta de un contacto directo con la realidad de la vida, y está representado sobre todo por el pequeño Nini, personaje principal de *Las ratas*. Bien al contrario, en *Mi idolatrado hijo Sisí* «se dibuja un niño de la ciudad, un niño rico, caprichoso, mimado, ignorante. Es el niño que hace preguntas porque no sabe nada, como luego hará el pequeño príncipe destronado».

El Nini de *Las ratas*, Daniel el Mochuelo, El Moñigo o El Tiñoso en *El camino*, en donde se crea una mirada limpia, fresca y equidistante de la morbosidad obsesiva como de cualquier ñoñez o mojigatería, como decía Eugenio de Nora; Senderines, el niño protagonista de *La mortaja* (1970); Quico en *El príncipe destronado*, que con tres años se siente desplazado por su pequeña hermana Cris. Decía Delibes que le resultó muy difícil crear a Quico, un niño de tres años que se comporta como tal, como un niño de tres años: «Sostener una novela con ese protagonista... (Fue) un desafío a mí mismo. Siempre ha habido niños pequeños a mi alrededor. Yo cuando nací era el tercero de ocho hermanos, luego he sido padre de siete hijos y ahora tengo quince nietos, de modo que en mi vida siempre han revoloteado niños a mi alrededor. Fue, en efecto, un desafío, un 'más difícil todavía'».

Como ha dicho Sotelo Vázquez: “Si repasamos con atención las sucesivas novelas y cuentos que integran su fecunda producción narrativa es fácil apercibirse de cuánto hay de autobiográfico en los personajes de las mismas, y hasta qué punto estos encarnan posibilidades latentes de la vida del escritor. La tristeza, la angustia y el sentimiento de desasimiento que experimenta el hombre ante la muerte, encarnado con modulaciones de distinta intensidad en Pedro, el adolescente protagonista de *La sombra del ciprés es alargada*, el primer personaje huérfano que junto a Cipriano, también huérfano, introducen el tema de la orfandad, la desolación y la lucha por la vida en muchos de sus personajes, herederos – desde mi punto de vista- de una tradición que llega

directamente del vasco Baroja. Sobre esa sensación de abandono del personaje, queda pronto sin cobijo familiar y parece asimismo cumplir un fatalismo, que lo llevará a la muerte. Pedro viaja como marino y conoce el amor junto a Jane, muy lejos de su tierra natal. Como quien persevera en la búsqueda de lo inmarcesible, el joven parece, al menos en un principio, preferir la energía de la naturaleza a la que le brinda el afecto humano. Y como decía Luis López Martínez: «la sombra del ciprés, afilada y cortante como un cuchillo, representa lo efímero y lo caduco: la muerte; en contraposición al pino que ofrece una sombra redonda, amparadora, símbolo de todo lo que respira confianza»

Pero es sin duda la relación entre la civilización y la barbarie, entre el hábitat, el ecosistema y el hombre, el balance del desgarro y la tragedia de su lucha y la defensa a ultranza de un sistema de vida o de un modelo... uno de los elementos más llamativos de su obra.

En *Las ratas*, por ejemplo, Niní y su padre el Ratero viven la naturaleza con la fortaleza de la pasión. Desde el periódico de Valladolid *El Norte de Castilla*, donde fue director durante muchos años, Delibes desarrolló una campaña de defensa de la reestructuración de los sistemas sociales de protección de las comunidades agrícolas del campo castellano, y también es sintomático que cuatro de sus siete hijos hayan optado por la ecología y la biología en sus estudios. En *Las ratas* Delibes crea y ahonda en su posición frente a los criterios gubernamentales del momento. Lo que la convierte en un elemento testimonial de primera magnitud. En su esencia está también lo que Cristóbal Cuevas había advertido, el “entusiasmo por lo genuino y primario de los roquedales, páramos y majuelos”, algo que está en la esencia de esa raíz que puso de moda Rousseau con el buen salvaje. La naturaleza era sentida en Rousseau como obra de la divinidad, a la que dedicó páginas memorables en «La Profesión de Fe del Sacerdote Saboyano» que incluyó en *Emilio*. A Rousseau le obsesionaba el tema de la naturaleza en el hombre, cuyas leyes superaban sin medida a las otras, propias de las convenciones sociales. Para él, la

naturaleza humana y la civilización se oponían entre sí, por lo cual, concluyó, que había que volver al hombre de la Naturaleza. Al respecto y en una línea copartícipe con la de Rousseau se haya el pensamiento de Delibes, sobre el que decía Esther Bartolomé que existe en el escritor vallisoletano un espíritu ligeramente rousseauniano en la “convicción de que la fuerza anónima de una masa despersonalizada termina por englobar o destruir todo lo que singulariza, destaca, define y diferencia”.

Una visión particular de ese Rousseau lo daba Francisque Vial y afirmaba que “el hombre de la naturaleza, tal como él entiende definirlo, no es un ser histórico y real; es una abstracción lógica, un concepto. Del hombre, tal como él lo ve, elimina todo lo sobreañadido, lo ficticio, y lo que encuentra bajo esa gruesa costra de caracteres adquiridos, es la constitución primaria del hombre, es la esencia del mismo, es el hombre de la naturaleza”.

Pedro, el protagonista de *La sombra del ciprés es triste y alargada*, prefiere la energía de la naturaleza a la que brindan otras cosas. En *El camino* (inspirada en Molledo, Cantabria, de donde era su padre y adonde viajaba de pequeño Delibes) son trascendentes los paisajes, descritos con una extraordinaria solvencia, y los animales que nos transmiten el origen de la vida. La naturaleza es una especie de seno materno, un asidero en el que sus personajes buscan engancharse para crecer como individuos en su propio orden natural. Daniel, «el Mochuelo», percibe a pesar de su juventud que la aldea del valle es su centro vital, junto con sus gentes y sus animales. Como dice Marisa Sotelo, “el sentimiento de la naturaleza se ha ido convirtiendo en algo visceral, instintivo, para muchos de los seres que pueblan el universo narrativo del autor castellano, sobre todo en las novelas de ambientación rural”. Un universo que se puede revolver contra el hombre si este se resuelve a inmovilizarlo como dice en *La sombra del ciprés es triste y alargada*. Y cuando se produce esta ruptura con el orden (*ordo naturalis*) que el hombre se ha dado con la naturaleza, ha creado con ella y su entorno, se produce la tragedia. Así sucede con la

milana bonita y Azarías en *Los santos inocentes*: su muerte es la ruptura de un orden creado que sólo puede llevar a la tragedia.

Pero también esa tragedia se produce en *Las ratas* cuando Matías pega un tiro, sólo como divertimento, al zorrito amaestrado de Niní, que ha sido visto por Torres Nebrera como el “único desenlace válido entre naturaleza e individuo. Y es el único que sabría conjurar esas amenazas (...) Las amenazas de la Arcadia”. Esta visión un tanto idealizada de la naturaleza y, por ende del campo castellano, le hace estallar al autor en la novela *El disputado voto del señor Cayo*: “Hay que asomarse a los pueblos, macho. Ahí, ahí es donde está la verdad de la vida”. Los pueblos, por su cercanía con la naturaleza, producen fácilmente esa integración del hombre con su hábitat que es otra de las razones evidentes de la visión natural de Delibes, si bien es verdad que la simplificación tampoco es un arma que le guste mucho a Delibes. Al respecto decía el escritor: “Entiendo que la buena novela puede ser, indistintamente, rural o urbana, y, por otra parte, preocupación siempre viva en mí ha sido el hallazgo de valores estables, de valores materiales permanentes y, hasta el día, no encontré otro menos engañoso que la naturaleza. En lo que atañe a mi preferencia por las gentes primitivas, por los seres elementales, no obedece a capricho. Para mí la novela es el hombre y el hombre en sus reacciones auténticas, espontáneas, sin mixtificar, no se da, a estas alturas de civilización (?), sino en el pueblo”.

No cree que la sociedad deba vivir ajena a la naturaleza ni el individuo aislarse como un animal en ésta, pero sí se deben mantener los hábitat en pequeñas grupos que puedan llevar su vida con normalidad. Cree profundamente en ese hombre humilde del campo (y así se considera él mismo, nunca un intelectual, sino un hombre de campo) que tiende profundamente al ascetismo, al desdén por los fastos y las ceremonias huera y a la comunicación humana: “En rigor, antes que menosprecio de corte y alabanza de aldea, en mis libros hay un rechazo de un progreso que envenena la corte e incita a abandonar la aldea”.



En esta faceta puede estar muy cercana de la visión del hombre del campo que ofrece Pío Baroja, pero el pesimismo del vasco es más recalcitrante. En Delibes se podría conceder la existencia del *aurea mediocritas* en esa búsqueda idealizada del hombre en contacto con la naturaleza, que se permita vivir con lo mínimo y en un aire contemplativo. En *Los santos inocentes*, la familia de Azarías está plenamente identificada con el campo, que es su medio de subsistencia. Se produce una especie de simbiosis entre el campesino y la naturaleza, una asimilación de las normas y la función que en ella conviven. De hecho, esto se observa en el tipo de vida de Azarías, muy relacionada con los animales: alimenta sus pájaros, limpia la caza, hace sus necesidades a cielo abierto y cuida de su sobrina como lo hace el búho. Sólo el animal le aporta una comprensión, aunque sea de tipo primario, que no le dan las personas. Azarías es el único que se atreve a desafiar al señorito Iván hasta el punto de acabar con él por osar romper ese orden natural: “El cárabo ejercía sobre el Azarías la extraña fascinación del abismo, una suerte de atracción enervada por el pánico, de tal manera que al detenerse en plena moheda, oía claramente los rudos golpes de su corazón y, entonces, esperaba un rato para tomar aliento y serenar su espíritu”.

La identificación de muchos personajes con la naturaleza plena se produce en personajes como Paco el Bajo que acaba convertido en un perro de finísimo olfato, o la niña Chica que lleva una vida menos sensitiva que la de estos: no siente, no reacciona... solo emite aullidos; acaso fiel representante de esa degradación de la naturaleza cuando quizá no es llevada por los cauces de la civilización. Sin la pobreza y sin la miseria, quizá la niña Chica estaría bien. Los personajes femeninos de la familia de Azarías no se identifican tanto con la naturaleza, porque desarrollan su labor en espacios cerrados, como le ocurre a la Régula y a Nieves, que no paran de trabajar en las labores de casa. La pobreza extrema y la animalización está en relación con ese proceso de integración con el medio, con el hábitat.

También la sumisión de Paco el Bajo al señorito Iván ha de ser entendida, en cierto modo, como la sumisión de la

“barbarie” (entendida como se entendía ésta en la narrativa hispanoamericana) a la civilización, o al menos a lo que entendemos por ésta. El desprecio de Iván por la naturaleza es evidente. Incumple sistemáticamente sus reglas, altera el orden reinante, el *statu quo*, y esto degenera... produce la muerte del personaje. Se lo advierten antes, advierten del peligro que puede generar su conducta pero él no hace caso: “¡No tire, señorito, es la milana! (...) !Señorito, por sus muertos, no tire!” Al final, las leyes de la naturaleza acaban imponiéndose a esas respuestas de la civilización mal conducida. Junto a ello, evidentemente existe mucho clasismo y una intromisión de las relaciones de producción en ese proceso de intercambio entre el hombre y su hábitat. La economía como factor desestabilizador y la lucha de clases como meollo que coadyuva en las relaciones/sumisiones/dominios de ambos procesos vitales/sociales. De hecho la señorita Miriam, representante de esa clase acomodada, de esa civilización, posee ya otra conciencia social distinta que ayuda en una línea positiva. Esa latencia augura una disposición en la que el campesinado (en ese ámbito natural propio, con pocos recursos y animalizados) se pliega a la oligarquía rural (representada por esa clase social que rompe el ciclo). Domingo Ródenas decía que podemos considerar la existencia de dos mundos antitéticos: el del orden natural, asociado con la vida rural, y el del caos y la necesidad compresiva, asociado con la cultura urbana, de la que es portador el señorito Iván, símbolo de la crueldad, el egoísmo y la inconsciencia. Los señoritos son depredadores, sólo vienen a cazar, desprecian los ciervos, ciegan palomos, pretenden a las doncellas... Elementos que han puesto a disposición del progreso sus defensores cuando se han enfrentado con aborígenes, indios, pueblos esquilmados... que vivían en relación de imbricación solvente con su hábitat.

Una de las últimas novelas con el que ha vuelto a profundizar en esta temática y ha generado de nuevo el desencuentro entre la naturaleza, el campo y la ciudad ha sido *El tesoro* (1985), donde de nuevo surge la antítesis entre la indulgencia de la aldea frente a la malicia de la corte. Un grupo de arqueólogos tratan de llevar a cabo su investigación en un

pueblo donde se ha producido un hallazgo, pero los campesinos de las tierras de labor donde se ha encontrado el descubrimiento prehistórico recelan y se oponen a la labor científica de los arqueólogos. Aquí, sin embargo, incide Delibes no sólo en esa permanente contradicción sino también en la ignorancia y codicia de estas gentes primitivas que sólo piensan que vienen a esquilmar sus riquezas.

Una de las temáticas también llamativas ha sido las relaciones de pareja. Ha profundizado como nadie en estas tratando de bucear en los procesos de conformación de una historia de sentimentalidad propia. El amor siempre ha sido la pieza básica de la construcción de una nueva sociedad para Delibes. Y afirmaba irónicamente que de momento no veía el amor ni en los que detentan el poder ni en los que aspiran a ejercerlo. Esta búsqueda del amor y esta exaltación asociada a la amistad está desde su primera obra.

El amor que siendo considerado como el elemento más trascendente en la vida de una persona siempre ha estado asociado de un modo pesimista a la muerte o la frustración más absoluta. No hay una historia de amor que haya alcanzado una resolución manifiesta. En *La sombra del ciprés es triste y alargada* el amor del Pedro con el fallecimiento de la mujer de la que se ha enamorado. Sebastián, en *Aún es de día*, ha de sufrir el engaño de la joven de la que se ha enamorado. Trata de superar ese revés encerrándose en sí mismo y tratando de llevar una vida solitaria pero profunda, sin embargo, todo se vuelve demasiado inconsistente y cruel.

En *Cartas de amor de un sexagenario voluptuoso*, como en tantas ocasiones, no llega a buen término porque ni siquiera llegan a conocerse los probables amantes. Es un amor frustrado. Su imposibilidad nace inicialmente lastrada cuando son las cartas los únicos elementos de unión entre Eugenio y Rocío y va en progreso hasta su remate final, a pesar de unos momentos fogosos, como cuando dice Eugenio: “Mi excitación es tal que envidio a la arena donde te arrodillas”. A Rocío le asusta que

Eugenio no haya tratado de antes de ella de entrar en contacto con ninguna mujer. Al final la desolación llega a Eugenio cuando constata que su amada lejana le está siendo infiel con su amigo Baldomero.

En *Cinco horas con Mario* se observa también la incapacidad del amor para resolver la identidad personal y el intento de triunfo de una sobre otra. Lo que conlleva a un proceso mutuo en el que los dos protagonistas son víctimas de la situación creada. Carmen y Mario son incapaces de resolver sus conflictos a través del afecto: ni el amor ni la misma muerte pueden hacer nada. Es curioso que, a veces, la mujer se enamora del hombre porque lo ve con un ser debilitado. Como sucede con Carmen que ve a Mario como a una persona necesitada de cariño, sin embargo, el tiempo lo va convirtiendo en odio.

La relación de Eloy y Desi en *La hoja roja* acaba convirtiéndose en un matrimonio de conveniencia, sin otro fin que buscar el beneficio común. Él se beneficia sentimentalmente y ella económicamente pues cuando muera podrá cobrar su pensión. Ambos son víctimas de vidas y sucesos difíciles y tristes, como ha dicho el propio escritor.

Algo muy distinto a la Ana de *Señora de rojo sobre fondo gris*, homenaje a su mujer Ángeles, fallecida a los cincuenta años, donde tenemos una historia de amor que tiene como fondo la muerte. En narrador reconstruye la memoria sentimental que posee de su esposa. La protagonista, de nuevo de nombre Ana, a medida que va desarrollándose la obra genera la sensación de ausencia y el extrañamiento de la realidad. Su desaparición forma parte de ese sentimiento terrible de Delibes ante la muerte, más que la suya propiamente, la de seres queridos.

Pero no es algo baladí este tipo de final porque también estará asociada esta búsqueda con otras obras como *El hereje*, a través de la mujer de Cipriano que muere en condiciones terribles en un manicomio o Ana que se convierte en el amor platónico e inalcanzable. Una frustración constante en muchas historias.

Para finalizar, digamos que la obra de Miguel Delibes es una de las más profundas y rigurosas de la segunda mitad del siglo XX. Un escritor de raza en la estela de los grandes creadores de la literatura española del XX como Pío Baroja, Camilo José Cela o Juan Goytisolo. Decía Randolph Pope, con motivo del Congreso Internacional sobre Miguel Delibes, celebrado en Nueva Cork en 2003 que Delibes describió minuciosamente y con auténtica sabiduría un pueblo anclado en le tiempo, en contacto con sus raíces, preocupado por la fragilidad de la vida, su fugacidad y permanencia, el hombre transitorio y la naturaleza cambiante.